



CRÓNICAS NATURALES

La cacería de los "cheetas"

Por Antonio Pérez Henares (Texto y fotos)



"El Okavango se convierte en el único río del mundo sin destino ni desembocadura."

Mas allá del paisaje de nuestra infancia al que anhelamos regresar siempre, todo viajero tiene un lugar en el mundo al que sabe que ha de intentar volver. Yo lo tengo en el delta del Okavango, en un amanecer cerca del campamento de Mombobo en Chief Island, cuando vi cazar a los guepardos.

El Okavango nace en las selvas angoleñas, cerca de otro gran río que primero se llama Kavango, que más tarde nombrarían como Liyanti y como Chobe y que acabará por tributar al Zambeze para despeñarse todos por las Cataratas Victoria rumbo al océano. Pero no es el mar el fin del Okavango, de mi

río mítico de África, allá en Bostwana. Otro es su camino y muy diferente su destino. El Okavango llega lleno de vigor, caudal y fuerza atesoradas en las húmedas selvas tropicales al desierto del Kalahari y temerariamente se adentra en él. Penetra en sus arenas como un conquistador, enarbolando su cimarra de agua, dispuesto a traspasarlo de un tajo y llegar victorioso a la meta salada de todos los ríos. Pero el abrazo del desierto es tan suave como asfixiante y mortal. Empieza por romper, primero, el alfanje líquido en mil pedazos, para luego, divididas sus fuerzas, irlos agotando y absorbiendo uno a uno. Y así el Okavango se convierte en



el único río en el mundo sin destino ni desembocadura. Su delta no se asoma a ningún océano de aguas inmensas sino de arenas y oleadas de dunas. Pero no es inútil su muerte sino quizá la más fértil que un río pueda tener en la faz de la tierra. Porque ese conquistador conquistado crea en pleno desierto un inmenso oasis de vegetación, un paraíso de vida, el Arca de Noé y la tabla de salvación de toda la fauna de África Austral, un espectáculo de la naturaleza sin igual en vegetación y animales de todo el planeta.

Aún hay más. El hecho de ser un delta, una marisma y estar situada encima en el centro de un territorio hostil al asentamiento humano ha logrado el milagro de que el Okavango permanezca casi inalterado por la mano del hombre que allí no ha podido aplicar siquiera las más rudimentarias técnicas agrícolas y ganadera. El Delta del Okavango es como África debió ser no sólo antes de la llegada de los blancos sino antes de la llegada de las tribus nativas de labradores y pastores.

Hoy mismo llegar no es fácil. Desde España el camino más usual es irse por avión hasta Johannesburgo (Sudáfrica) y de allí también por



La fámélica hembra y su cría quedaron convertidas en tensas estatuas.

avión hasta Victoria Falls (Zimbabue). Por cierto el nombre nativo de las cataratas bautizadas, sin originalidad y pésimo gusto por Livingstone con el nombre de su reina, tenían otro mucho más apropiado en lengua nativa: Mosioatunya, "la humareda que rugie". Desde allí por carretera cruzamos la frontera con Bostwana hasta Kasane, la puerta de entrada al delta, que ha de hacerse obligatoriamente en pequeñas avionetas que aterrizan en los minúsculos aeródromos de tierras en las diferentes islas del delta, donde lo primero que vislumbrará el viajero será a los

rangers que los cuidan espantado a los animales salvajes de las pistas para que las avionetas no acabe dándose un tope-tazo con una jirafa o un facochero.

Es ya desde el aire cuando uno tiene conciencia del paraíso al que visita, después de sobrevolar suelos cada vez más áridos, cuando ya el desierto y la sed se apoderan de la inmensa planicie, la vista se topa de pronto con la explosión del verde y la lujuria del agua. Largos brazos líquidos serpentean entre praderas, bosques e islotes de palmerales. La vida proclama su triunfo sobre la muerte de arena.

La escena finalizó con la guepardo adulta con una cría de impala en las fauces.





Surgido de las hierbas un gran jabalí verrugoso parecía querer amargarles el festín.

El Okavango regresa de continuo a mi memoria y me sigue llamando desde aquellas semanas en que fui por primera vez a su encuentro. De todas las imágenes que me regaló, de todas las escenas con que se grabó en mi recuerdo hay una que sobresale por encima de todas. Fue un amanecer en Mombo y fueron sus protagonistas una hembra adulta y su cría ya muy crecida de guepardo.

Pronto el festín de los "cheetas" había congregado una multitud.

Los habíamos descubierto la tarde anterior y Julius, el ranger, me dijo que no habían comido y necesitaban cazar.



Lo intentaron y fracasaron mientras una tormenta oscureció todo el horizonte y nos obligó a regresar al campamento. Al día siguiente, con la primera luz, dimos de nuevo con la pareja. Seguían hambrientos. Los seguimos. Ajenos a la presencia de nuestro jeep, la famélica hembra inició el rececho de una manda de impalas con recentales. Aprovechó el terreno y calculó la distancia que le separaba en la pradera del rebaño. Ella y su hijo se quedaron un instante convertidas en tensas estatuas y de pronto se dispararon como flechas hacia los antílopes que huían. Fue un instante, quizá no más de medio minuto, lo que pudo durar la escena que finalizó con la guepardo adulto con una cría de impala en las fauces.

Luego se sentó, resollando, agotada, intentando rápidamente recuperar fuerzas. Su hija se acercó y se apropió de la pieza que comenzó a comerse. Surgido de las hierbas no tardó en presentarse un gran jabalí verrugoso que se acercaba a muy corta distancia para intentar amargarles el festín. Al facochero no tardaron en unírseles dos chacales, uno de ellos tan osado que llegó a intentar morder la punta del largo rabo de la hembra de guepardo confundiéndolo tal vez con una brizna de carne. El facochero era sin duda un rival peligroso e invulnerable y la guepardo estaba inquieta tan sólo insinuando ataques, pero los coyotes hubieron en un par de ocasiones de poner a prueba sus reflejos para salvarse de la embestida del felino. Madre e hija iban dando buena cuenta de su presa pero ya estaban allí los primeros buitres. Pronto los "cheetas", nombre nativo de los guepardos, habían congregado una multitud. Por fortuna no apareció, como suele hacerlo, ningún león y pudieron disfrutar de su festín. Los leones no sólo les roban la comida sino que cuando pueden sorprenderlo matan a cuanto guepardo cae bajo su garra.

Y si ustedes han detectado hasta un cierto favoritismo en estas líneas por estos veloces y frágiles "cheetas" he de decirles que ciertamente van muy bien encaminados: son mis animales predilectos entre toda la fauna africana. Al igual que el delta del Okavango es el lugar al que algún día, espero que no lejano, intentaré regresar.